

FOTOGRAFÍAS DE GUERRA (POEMAS)¹

Luis Fernando Chueca²

Fotografías de guerra.

Olor a gasolina, fuego y un frasco de ayahuasca sobre la mesa.

O las tabletas en la mano si acaso hay tres guardias en la puerta

Esperando.

Fotografía. Un cuerpo a la deriva *sous le pont Mirabeau*, o flotando sobre un mar de hielo seco

Para así resistir el llanto de quien pide segar de un tajo su pecho agujereado entre el fragor de las bombardas

Para así no escribir más la palabra *rabia* en todos los espejos.

La palabra *dolor*. La palabra *muerte*. La palabra *basta*.

La palabra

no.

Y es que no todos deseamos tus cabellos de oro, Margarete. No todos hemos debido soportar el impacto de una locomotora sobre el cuerpo y sorber la impecable soledad en una copa clavada en las pupilas.

Implacable

hacia la noche del abismo

o hacia la visión que la antecede y acompaña su mecanismo de relojería:

¹ Texto inédito.

² Luis Fernando Chueca (Lima, 1965). Poeta e investigador sobre poesía peruana e hispanoamericana contemporánea. Es profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica del Perú, en donde actualmente dirige la Maestría en Literatura Hispanoamericana. Se doctoró en literatura en la Universidad Católica de Chile con la tesis *Nación y violencia en la poesía peruana (1983-2014)*. Entre sus trabajos críticos más recientes está la edición de la *Poesía completa* de César Vallejo para el sello Lumen (2022) y, junto con Giovanna Pollarolo, de *Poesía peruana: entre la fundación de su modernidad y finales del siglo XX* (PUCP y CASLIT, 2019). En poesía ha publicado *Rincones (Anatomía del tormento)* (1991), *Animales de la casa* (1996), *Ritos funerarios* (1998) y *Contemplación de los cuerpos* (2005). *Fotografías de guerra* es un proyecto en preparación.

un rojo sol insoportablemente esplendoroso,
un odio tan honesto que
achicharra

o el tamborileo que
llega y llega y llega
violento y repetido.

Y es que no logro explicar qué delirios acuna quien bebe leche negra del alba por la noche.

¿El rostro desolado de Gretl aún tan bella?

¿El arpa y los danzantes resonando sus tijeras en los muros de ese baño
vacío y reluciente?

¿O solo negro eterno del último estertor?
El metálico negro de la bala.
La asfixia. La sombra.

El estallido.

¿Para qué calcular entonces la velocidad y describir los efectos del impacto?

¿Cómo resuena cada estruendo
mudo

en lo lóbrego del sol?

¿Cómo se enciende el fósforo si se está amarrado a la cama para no salir corriendo?

¿Cuál es la dosis necesaria, gota a gota, bajo el chispazo que tasajea en un solo deseo de
venganza?

Tus senos de oro, Margarete.
Tus senos de ángel de la muerte y el progreso
y al lado
para siempre

los cabellos de ceniza que lloran su rabia
agazapada. Cavados en la fosa.

Común.

Tus cabellos de ceniza donde una vez quise descansar para no cavar más fosas
de ceniza.

Para alcanzar tu última conexión en ayahuasca.

Para no verter ríos de sangre a borbotones y ver volar torcazas
y percibir el aleteo infinito de cada colibrí.

Para aliviar tu implacable soledad
y oír por fin el rezo de las olas
que alivien tu dolor en cada
amanecida.

Espero no escucharte más cantar
cuánto será tu dolor

Espero no tener que acariciar de nuevo esa canción
Que no me raspe nunca la garganta.

Fotografía. Un cuerpo

yacente y frío
que aparenta un resto
de energía
al mismo tiempo.
La piel cubierta por lo opaco
del entorno. Marasmo,
aspereza y orfandad.

Fotografía de un cuerpo desnudo
bajo el oxidado hierro del olvido.

Un tramo cancelado. Un ojo abierto
que no mira. Un leve incendio
que se apaga.

¿Acaso un cuerpo en un camino
solo

pétreo y seco?

¿Un resto
que se hunde en el envés
de lo mirado?

¿Qué voces? ¿Qué sonidos
acompañan
ahora su quietud?

¿Qué aliento sostiene sus
quebradas oraciones?

Fotografía de un cuerpo que yace
al amparo
de un rumor enceguecido.

¿Quién registra entonces
el último estertor?

Un cuerpo iluminado
apenas por
las ascuas. Una voz
que nadie puede
oír.

Un cuerpo trunco.

En extinción.

Fotografías.

Fragmentos de una liturgia
celebrada en el aire rancio
y denso
de una habitación.
Luz cadmio,
violenta y cenital.

¿Cómo se descubre allí la herida
que no deja cicatrices
pero horada continua
y suavemente?

Registro de un golpe
repetidamente húmedo
sobre el mismo palmo
de la piel. De un sonido
rechinante
y un aroma de vinagre, áspero
y total.

Una mancha
de grasa entre los dedos,
una fina hebra interminable
en la garganta.

. Dime, entonces, cuál es la utilidad
de los espejos
si la distancia es tanta o tan pequeña.
Si la furia es siempre
un brote de silencio.
Un pliegue que hubieras preferido
no mostrar.

¿Para quién guardas
los cristales en esa vieja caja
de madera y terciopelo?

¿Por qué,
si la luz continúa
violenta y cenital?

Fotografía.

Un hombre exhibe sus heridas
como en un espectáculo
obscuro
y fascinante.
Recorre
con un dedo
los costurones
abriendo con pericia
y mecánica violencia
cada pliegue.
Dibuja una sonrisa casi hueca
ante el gozo boquiabierto
o el espanto contenido
de los espectadores.
Profiere una amenaza.

¿Has tocado ese dolor
en el momento en que desguarece
e intimida? Levanta el velo.
Descorre la membrana
y tira tus monedas
a otra parte. Ausculta
ese temblor que te provoca
una arcada repentina.

El hombre repite el movimiento
y la amenaza. Su voz
resuena como un eco seco
y desvaído. Un aire
ferroso y truculento.

Descorre también
ese sonido. El tejido
de círculos concéntricos y pus.
Y examina el temor

que te sostiene sobre tus piernas
temblorosas. El velo indefenso
que cubre la seda de un capullo
devastado a pisotones.

Un sabor
como vinagre en la garganta.
Más áspero que todo
lo que puedes digerir.

Fotografías de guerra.

Visión hedionda que hunde el dedo
para comprobar la profundidad
del tajo incandescente o la turbia
secreción.

¿Nombrar? ¿Fotografiar
o huir de las palabras conocidas?
Repeticiones enfermizas
que se llenan
de túmulos
y brotes.

¿Aun así prosigo sin saber?

Se inflaman los verbos con clavijas
y remaches. Recuerdos
reiterados en negro
sobre negro
o grabados
sobre un débil fondo amarillento.

Sobre una incierta superficie
que recorro a tientas con el dedo.

¿Fotografías escondidas?

¿Imágenes de mi propia fantasmagoría
en retaguardia?

¿Mi triste confesión?

Fotografías de guerra.

Rutinas de la degradación.

Avisaje pagado
que se acerca
con mecánica comodidad

a la imagen tibia todavía
y la exhibe con aparente
serena convicción.

Destellos.
Chispas.
Tintineo.

Coreografía de disfraces
que excita el pulso
de quien ha depositado sus monedas
exultante y temeroso.

Fotografías como
organismos en proliferación
reticular o vibrante
psicodelia
bajo una capa de tinta
o de formol.

¿Cómo escapo entonces
de la danza de fantoches?

¿Quién querrá luego cerrar
el negocio tan rentable
y detener
la proyección
sobre la piel ulcerada
o gangrenosa?

Imágenes repetidas
que aprovechan
las mañas, los trucos.
Todititas las coartadas.

Fotografías de una callosidad
más gruesa
cada noche.

Visión narcotizada.

Floración verbal
en la batea repleta
de perfumes.

Fotografías. Agua turbia
en repetidos chapuzones.

Tu cuerpo nervioso
o casi rígido. Afasia,
dislalia o verborrea.

¿Te imaginas tendido
en un tablón,
en fila y expuesto para
ser reconocido?

¿Desnudo
y pobremente amortajado?

Una mujer levanta la tela
que cubre cada bulto.
Otra mujer hace lo mismo.
Y otra más.

Se adelgazan tus palabras
como un leve rastro
de saliva
y te preguntas
cuál es la línea de flotación
de tu lenguaje.

El límite de lo soportable.

La posibilidad de respirar.

Fotografías repetidas
pero cada una inconfundible
como salobre icor
en el ahogado compás de la mirada.

¿Aun así prosigues sin saber?

Mejor sería lamerse las heridas.

Lamer aquel tablón.